

NEW LEFT REVIEW 87

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO - AGOSTO 2014

ENTREVISTA

VOLODYMYR ISHCENKO Las fracturas de Ucrania 7

ARTÍCULOS

WOLFGANG STREECK ¿Cómo terminará el capitalismo? 38
AMINATA TRAORÉ Y
BOUBACAR BORIS DIOP Imposturas africanas 69
SEAN STARRS La quimera de la convergencia 84
JOSÉ EMILIO BURUCÚA Y
NICOLÁS KWIATKOWSKI El doble ausente 101
SVEN LÜTTICKEN Sobre la Revolución Cultural 119

CRÍTICA

FRANCIS MULHERN Orwell *forever* 137
ROBIN BLACKBURN La cañonera del abolicionismo 149
BARRY SCHWABSKY Términos de disparidad 161

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el
Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador–IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

CRÍTICA

Richard Huzzey, *Freedom Burning: Anti-Slavery and Empire in Victorian Britain*, Cornell University Press, Ithaca, 2012, 303 pp.

ROBIN BLACKBURN

LA CAÑONERA DEL ABOLICIONISMO

Richard Huzzey abre su estudio de la cruzada contra la esclavitud en la Gran Bretaña victoriana con el relato de la quema de una aldea por parte de una fuerza naval británica en el río Gallinas, en África Occidental, en 1845; una ilustración de este suceso realizada por un testigo sirve de imagen para la portada del libro. El comandante creía que los comerciantes africanos habían estado utilizando el lugar para el tráfico de esclavos. No se trataba de un hecho aislado: el bombardeo de Lagos en 1850 seguiría este mismo patrón. Durante casi medio siglo, Gran Bretaña mantuvo una gran escuadra en la costa de África Occidental con el fin de hacer cumplir la «abolición», una política comercial antiesclavista que, propuesta inicialmente por los pacifistas, más tarde sería adoptada por los gobernantes del país como parte de una nueva forma de hacer la guerra. De esta manera, Gran Bretaña respondía a los desafíos ideológicos de la época redefiniendo la base moral de sus conflictos con la Francia revolucionaria y napoleónica y los Estados Unidos de Thomas Jefferson. El libro de Huzzey se propone explorar la forma en que Gran Bretaña podía presentarse a sí misma –y creer en sí misma– como una «nación antiesclavista», sin dejar de ser el centro metropolitano, y árbitro marítimo, de una economía y un imperio atlántico basados en la esclavitud.

En el relato de Huzzey, estas vocaciones aparentemente divergentes y contradictorias encajan con bastante comodidad. Mientras que gran parte de la bibliografía anterior sobre el tema ha venido centrándose en el surgimiento del abolicionismo británico a finales del siglo XVIII y principios del XIX y su impacto

en el continente americano, *Freedom Burning* dirige su atención a un tema relativamente descuidado: ¿qué fue del antiesclavismo británico una vez que se hubo convertido en política oficial de Estado? Huzzey, que vive en Liverpool, uno de los centros más importantes en el comercio de esclavos del siglo XVIII, y es codirector del Centre for the Study of International Slavery, entiende la época victoriana como una era de «pluralismo antiesclavista», en la que coexistieron «diversos intereses y agendas que conformaban una compleja red». Su preocupación no es tanto impugnar los motivos como explorar las mentalidades, y más que en la emancipación de los esclavos en América se centra en el proyecto abolicionista en África. Con un enfoque temático amplio, *Freedom Burning* describe en sus primeros capítulos las orientaciones estratégicas del movimiento contra la esclavitud, su relación multifacética con el mercado interno y con la reforma social, así como su incorporación a los marcos jurídicos y diplomáticos oficiales. La segunda mitad del libro, la más poderosa, trata de las historias convergentes del antiesclavismo y la expansión imperial, especialmente en lo tocante a su relación con la construcción de un interés nacional: el crecimiento económico y el poder mundial de Gran Bretaña.

Freedom Burning no se ocupa de los orígenes del abolicionismo anteriores a la década de 1830, pero dado que muchos de los fenómenos que Huzzey plantea se perfilaron por entonces, es oportuno mencionar algunos puntos preliminares. La cuestión de la abolición británica del comercio de esclavos en 1807 se trata a menudo en un espléndido aislamiento, más allá del contexto en que se produjo. Lo cierto es que la decisión fue adoptada en un momento crítico; en este sentido, ayudó al Gobierno a flanquear la agitación creciente promovida por las Societies for Peace y, por otra parte, a movilizar a una población cansada de la guerra en pro de sacrificios renovados. La abolición se esgrimió como un objetivo de guerra noble, un ideal con que simbolizar una marítima *Pax Britannica*. La idea de detener el tráfico de esclavos se había planteado por primera vez durante la Guerra de Independencia de Estados Unidos, cuando los rebeldes anunciaron un boicot temporal y algunas voces en Gran Bretaña exigieron la abolición permanente. Después de la humillación de la derrota en América del Norte, un ala reformista de la oligarquía británica vino a considerar que la abolición del comercio de esclavos en el Atlántico era un objetivo apropiado de la política imperial. El pánico antijacobino, sumado a una gigantesca revuelta de esclavos en Santo Domingo, condenó por un tiempo todas las iniciativas reformistas, y persuadió a William Wilberforce para dejar de presionar con la causa en el Parlamento. Sin embargo, la reanudación de la guerra con Francia en 1804 convirtió al Reino Unido en aliado de facto de Haití, fundado en ese mismo año por los abolicionistas negros que acababan de frustrar el intento de Napoleón de restablecer la esclavitud en Santo Domingo. La victoria en Trafalgar disipó la amenaza de invasión, sellando

la supremacía naval de Britannia a escala mundial. En 1807 Westminster supo que el Congreso de Estados Unidos se proponía terminar con la importación de esclavos al año siguiente, y quiso negar a los estadounidenses el capital moral en un tema de tanta resonancia. El abolicionismo oficial de Gran Bretaña sirvió también de complemento immaculado y necesario a la preocupación ordinaria de la diplomacia del país, esto es, el libre comercio.

Después de 1807, la cuestión de la trata de esclavos se convirtió en un ingrediente fundamental de la política nacional e internacional británica. En 1811, el Parlamento declaró que la complicidad en el tráfico de esclavos por parte de un mercante británico se consideraría un delito equivalente al de piratería, que se castigaba con la horca. En 1814 se filtró la noticia de que las potencias victoriosas estaban planeando devolver «Santo Domingo» (Haití) a Francia, en un intento por impulsar la restauración y fomentar el apego francés al comercio, que era visto como un antídoto contra el militarismo. Hubo una protesta masiva en contra de la idea, y Whitehall la abandonó apresuradamente. En cambio, los diplomáticos británicos en Viena lograron una declaración general de las potencias contra la trata de esclavos en el Atlántico que, a ojos británicos, hacía del abolicionismo la nueva moneda de la legitimidad. Por otra parte, las sucesivas revueltas de esclavos en Barbados (1815) y la Guayana Británica (1823) animaron a los abolicionistas británicos a dirigir su atención a las colonias esclavistas de su propio país, lo que condujo no solo a una nueva y más amplia campaña abolicionista, sino también a una convergencia entre la revuelta de esclavos y el antiesclavismo metropolitano que culminaría en la Emancipation Act de 1833. Incluso después de aprobada la ley, continuó vigente la imposición de un «aprendizaje» no remunerado y obligatorio para los libertos, que no sería abolido hasta 1838. Aunque los británicos decretaron la emancipación cuarenta años después de que lo hiciera la Convención francesa y treinta años después de la fundación de Haití, esta ley permitió a los Gobiernos de Londres presentarse a partir de ese momento como los árbitros del comercio civilizado.

El objetivo del ataque británico no fue la esclavitud en sí, sino el comercio internacional de esclavos. Una vez que este último fuera derribado, se afirmaba, la esclavitud se marchitaría y moriría, noción que, sin embargo, era desmentida por el rápido crecimiento de la población esclava en Estados Unidos. La estrechez de un enfoque centrado únicamente en la trata de esclavos minó la pretensión oficial británica de erigirse en «nación abolicionista», y generó contradicciones que atravesaron el periodo analizado en el libro de Huzzey. La renuncia formal británica a la trata de esclavos se produjo en el contexto de un tráfico persistente en el Atlántico. Los Gobiernos de Madrid y Río de Janeiro fueron conminados con intimidaciones a firmar tratados que daban a los cruceros británicos un «derecho de visita», que les permitía abordar a los buques que consideraran sospechosos y sacar a los

esclavos que pudieran transportar. (Algunos fueron llevados a las colonias y asentamientos británicos, pero los que fueron entregados a las autoridades españolas o brasileñas y enviados a Cuba o Brasil –los conocidos como *libertos*– fueron tratados como una especie de propiedad estatal cuya naturaleza no distaba mucho de la de los esclavos propiamente dichos). Entre 1831 y 1865 la escuadra de África Occidental de la Royal Navy, compuesta por entre veinte y treinta barcos y media docena de bases costeras, con una fuerza combinada de hasta 4.000 hombres, se incautó de 486 buques que transportaban 145.000 esclavos, y registraron un millar más. Por impresionante que pueda parecer este esfuerzo, el reto de extinguir el comercio de esclavos en el Atlántico planteó problemas graves. El océano era enorme, y los socios con los que Gran Bretaña había firmado tratados eran poco fiables: las autoridades españolas y brasileñas, que no veían con gusto una política que les venía impuesta por Whitehall, se confabularon para continuar con la trata. La prepotencia británica alienó también a Gobiernos que, como el de Luis Felipe en las décadas de 1830 y 1840, fueron muy eficaces en la supresión del comercio. Entre 1808 y 1865 se compraron unos dos millones de esclavos en la costa de África que fueron trasladados al continente americano, principalmente por comerciantes luso-brasileños e hispano-cubanos. Los comerciantes británicos se mantuvieron a distancia, pero siguieron comprando el azúcar y el algodón cultivados por esclavos, y vendiendo textiles y manufacturas a los traficantes de esclavos cubanos y brasileños. Por lo tanto, la represión militar permitió a los Gobiernos británicos presentarse en el país y en el extranjero como los campeones de la abolición, aun cuando Gran Bretaña siguió comerciando con productos cultivados y elaborados por esclavos.

Freedom Burning reconoce las anomalías manifiestas de la posición británica, y discute sus implicaciones tanto para la política exterior (la supresión de la trata de esclavos se entrelaza con el despliegue planetario del poder militar de Gran Bretaña) como en el ámbito doméstico, donde las actitudes antiesclavistas hubieron de toparse con realidades económicas. Huzzey cita una observación de lord Clarendon en 1846: «Para cubrir nuestras necesidades vitales y nuestros lujos, para proveer de empleo a nuestro pueblo, para asegurar nuestros ingresos y nuestra posición en el mundo como nación, requerimos de los productos de la mano de obra esclava». Esta realidad no había sido alterada en gran medida por la emancipación de las Antillas, ya que a mediados del siglo XIX Gran Bretaña seguía dependiendo tanto como siempre de los «productos esclavos», sobre todo, del algodón del sur de Estados Unidos (que constituía la materia prima para su principal industria de exportación) y del azúcar de sus rivales Brasil y Cuba (su principal producto de importación). Las diferencias en cuanto a los aranceles sobre el azúcar constituían el centro en torno al que giraban las luchas políticas entre los defensores del libre comercio y los que, por diversas razones, estaban a favor de alguna forma de

proteccionismo comercial. Después de la emancipación, el Gobierno británico aumentó los aranceles sobre el azúcar para financiar un plan de indemnización de veinte millones de libras destinado a los plantadores de las Antillas. Pero a medida que la producción descendía al reducirse la oferta de trabajo, la afirmación de que los aranceles encarecían el azúcar parecía de sentido común a ojos de una población preocupada por el creciente coste de la vida; este razonamiento, como nos recuerda Huzzey, dio al libre comercio un gran atractivo popular. Aunque la mayoría de los abolicionistas dudaban de que el trabajo asalariado pudiera hacer frente a la competencia de las plantaciones esclavistas cubanas y brasileñas, el ala favorable al libre comercio, dominante entre las clases propietarias británicas, insistió en que el proteccionismo colonial era un error y que, con un poco de paciencia, no tardarían en proliferar los empleadores de trabajadores libres. Esto último, argumentaban, sucedería sin necesidad alguna de favores especiales, y desde luego sin necesidad de unas protecciones arancelarias que distorsionaban las relaciones de mercado. (El dogma del libre comercio, sin embargo, no impidió que se diera un trato favorable a las exportaciones textiles británicas a la India).

Al incidir en la pluralidad de abolicionismos, Huzzey se abstiene de definir la postura de la British and Foreign Anti-slavery Society [Sociedad Británica e Internacional contra la Esclavitud], que apoyó los aranceles al azúcar, como más auténtica que la de los partidarios del libre comercio, que creían que era un error excluir el azúcar cubano y brasileño. Desafía a los que sostienen que «la consigna del azúcar barato» ahogó el «grito contra la esclavitud», y en lugar de ello habla de «dos tradiciones antiesclavistas» «que habían coexistido felizmente hasta la emancipación, y que ahora entraban en conflicto». Huzzey cree que el «extraño maridaje» entre los abolicionistas y sus oponentes de antaño (los propietarios de las plantaciones antillanas) «debilitó» la «coherencia de la causa abolicionista». Pero durante algunos años lo cierto es que esta alineación táctica funcionó: la embestida de los partidarios del libre comercio se pudo contener. La falta de coherencia no derivó de la alianza con los antiguos propietarios de esclavos de las Antillas para mantener fuera del mercado el azúcar cultivado por esclavos de Cuba y Brasil, sino del hecho de no hacer campaña para imponer un arancel similar sobre las importaciones de algodón cultivado por esclavos. Si bien es cierto que esta es una postura que sí adoptaron algunos abolicionistas radicales, aquellos otros que tenían opciones de atraer más votos, ya fuera en las elecciones o en el Parlamento, conscientes de que el algodón barato era un componente vital de la supremacía manufacturera británica, fueron demasiado cautos. Los partidarios del libre comercio en el Parlamento insistían sin descanso en esta contradicción flagrante en la corriente principal del abolicionismo, y al mismo tiempo acusaban la políticas proteccionistas de elevar el coste de la vida a los trabajadores de a pie. En este contexto, los

sucesivos Gobiernos británicos comenzaron a bajar los aranceles sobre el azúcar extranjero, fuera o no cultivado por esclavos. En 1853 el azúcar «libre» de las Antillas ya no gozaba de protección alguna en el mercado nacional. Así que a la hora de enfrentar las dificultades sociales en el país los políticos optaron por el azúcar barato, si bien, a modo de compensación, ofrecieron cañoneras abolicionistas: la escuadra de África Occidental vio aumentado su tamaño y su ámbito de actuación. El abolicionismo organizado frunció el ceño ante ambas políticas. La British and Foreign Anti-slavery Society se opuso al despliegue de barcos de guerra, instando al comercio pacífico con las naciones africanas y señalando el fracaso de la escuadra de África Occidental a la hora de frenar un tráfico transatlántico clandestino masivo.

En la década de 1830 el abolicionismo había sido un gran movimiento, que de manera creíble habló en nombre de una concienciada «opinión pública». Una vez que la emancipación británica fue un hecho oficial en las colonias de las Antillas, el movimiento abolicionista perdió su foco primario de actuación. El continuado vigor de la esclavitud en el sur de Estados Unidos, Cuba y Brasil constituía un desafío no menor, y es cierto que los abolicionistas estadounidenses recibieron un valioso apoyo y sustento de sus homólogos británicos; pero estos ahora se contaban por miles, ya no por cientos de miles. Las décadas de 1850 y 1860 mostraron que todavía se podía llegar a círculos más amplios, y el enorme éxito de *La cabaña del tío Tom*, de Harriet Beecher Stowe, es buena prueba de ello. En 1862, Lincoln esperaba que la Proclamación de Emancipación le hiciera imposible a Londres conceder el reconocimiento a la Confederación o continuar permitiendo la venta a los rebeldes de acorazados y buques con que romper el bloqueo.

Tal vez los pasajes más notables de *Freedom Burning* sean aquellos en los que Huzzey analiza hasta qué punto abolicionismo e Imperio estaban entrelazados: incluso cuando Gran Bretaña se convirtió oficialmente en un «Estado antiesclavista», argumenta, los sentimientos abolicionistas alimentaron aventuras coloniales en África y en otros lugares. En efecto, en el seno de la ideología antiesclavista hubo una corriente importante que preparó el terreno para el colonialismo, como explica Huzzey. Los abolicionistas, especialmente los menos radicales, a menudo condenaron el efecto embrutecedor de la esclavitud en unos términos que ensombrecían la percepción que se tenía del esclavo liberado, rebajando con ello las expectativas que se depositaban en él. Este fue un argumento que algunos extendieron a todos los africanos y a las «razas menores», a los que era necesario transmitir la religión verdadera y los rudimentos de la civilización. Huzzey argumenta que el antiesclavismo no era un mero pretexto ideológico con que perseguir intereses económicos, sino una «razón sustancial» en sí misma considerada: tanto la elite victoriana como los grupos subalternos de la época creían que a largo plazo la supresión de la esclavitud sería de por sí una clave del crecimiento económico.

Aunque es cierto que algunos imperialistas manipularon el abolicionismo para respaldar su avaricia material, los criterios de racionalidad económica modernos no pueden explicar el atractivo popular y ético de la política de lucha contra la esclavitud. Los británicos continuaron persuadidos de que los fines morales, tales como el abolicionismo, regían la prosperidad nacional y mundial.

La misma lógica y la confianza en la superioridad de las razones y las instituciones británicas motivaron toda una variedad de proyectos coloniales.

La afinidad entre el abolicionismo y el colonialismo se manifestó por vez primera en Sierra Leona, en un asentamiento organizado en 1787 por una compañía concesionaria instituida por Inglaterra con la intención de ofrecer un nuevo hogar a los afroamericanos que habían permanecido leales a la Corona durante la Guerra de Independencia de Estados Unidos. Muchos de ellos eran antiguos esclavos que habían respondido a los llamamientos británicos a abandonar a sus amos y a luchar contra los rebeldes. Los abolicionistas británicos reunieron la impresionante suma de dos millones y medio de libras (al menos dos mil quinientos millones de dólares al cambio actual) para financiar el asentamiento. Su gobernador iba a ser asesorado por una asamblea elegida, que más tarde se disolvió cuando sus dirigentes —entre ellos un tal George Washington, que había adoptado el nombre de su antiguo amo, el primer presidente estadounidense— demostraron ser casi tan levantiscos como sus antiguos propietarios. Los abolicionistas también destacarían en los esfuerzos colonizadores posteriores, guiados por la creencia de que la mejor manera de suprimir el tráfico de esclavos era alentar a los africanos a cultivar y exportar artículos agrícolas producidos por el trabajo libre. Sin embargo, los asentamientos costeros británicos tenían problemas para encontrar personal dispuesto a trabajar por salarios, por lo que terminaron alquilando o adquiriendo «peones» africanos a través de los jefes locales. La expedición del Níger de 1840-1841 fue una iniciativa del destacado abolicionista y banquero Thomas Fowell Buxton y respaldada por la ultrarrespetable African Civilization Society —que tenía al príncipe Alberto como presidente y a cuatro arzobispos como vicepresidentes— para establecer una colonia «modelo» en África Occidental, basada en el trabajo libre, el autogobierno y la exportación de aceite de palma y cacao. Whitehall apoyó el proyecto mediante la construcción de tres vapores de ruedas de hierro y dos barcos más grandes, el *Albert* y el *Wilberforce*. La expedición fue un desastre: la mayoría de los blancos murieron a causa de la fiebre, y los responsables de la «granja modelo» alquilieron a trabajadores controlados a través de jefes locales que solo trabajaban cuando eran obligados a ello por supervisores armados con látigos.

El descrédito de esta y otras iniciativas filantrópicas privadas del mismo tipo contribuyeron a hacer avanzar la idea de que el Gobierno debía asumir más responsabilidad en estos asuntos. Fue en este contexto cuando el Slave Trade Department [Departamento de Comercio de Esclavos] pasó a convertirse en

una embrionaria *Colonial Office* [Ministerio de las Colonias], eventualmente rebautizado como Africa Department, que a mediados del siglo XIX era responsable de una quinta parte de toda la correspondencia que manejaba el Foreign Office. En todos los rincones del mundo, los embajadores y los cónsules británicos controlaban el cumplimiento de los tratados contra el comercio de esclavos o exploraban nuevas iniciativas diplomáticas contra la esclavitud. También en este sentido los abolicionistas jugaron un papel destacado: tal y como observa Huzzey, en la primera mitad del siglo XIX varios de ellos se convirtieron en expertos en cuestiones imperiales y cultivaron lazos con los administradores coloniales. El prolongado intento de reprimir el tráfico del Atlántico fue dirigido por un grupo especializado de funcionarios del *Foreign Office*, que iba a desempeñar poco después un papel central en la configuración de la estrategia colonial de Gran Bretaña. James Bandinel, jefe del Slave Trade Department, y como tal, responsable de la negociación de docenas de tratados con gobernantes africanos que tenían por objeto la supresión de las exportaciones de esclavos, transmitió su experiencia y sus contactos a aquellos que emprendieron proyectos coloniales en África.

Gran parte de *Freedom Burning* se centra en África, pero en el penúltimo capítulo Huzzey aborda la cuestión de por qué las condiciones contractuales de trabajo en las Antillas y el crecimiento de la emigración procedente de la India en régimen de servidumbre por deudas «no alarmaron, salvo muy raramente, a las conciencias antiesclavistas». La Emancipation Act 1833 era de aplicación exclusivamente en las Antillas, o Indias Occidentales, no a las Indias Orientales, que se hallaban por entonces bajo la jurisdicción de la East India Company. Esta región siguió un proceso de «deslegalización» en 1843, en lugar de la manumisión. El trabajo en régimen de servidumbre fue promocionado en tanto que paso intermedio y gradual hacia el trabajo asalariado. Los contratos de trabajo en régimen de servidumbre por deudas con migrantes indios compensaron la escasez de mano de obra de origen africano –y bajaron los salarios– a medida que los libertos iban dejando las plantaciones en todo el Imperio. Se calcula que entre 1838 y 1922 emigraron un millón y medio de indios –muchos de ellos, a lugares tan lejanos como la Guayana Británica, Fiyi y Mauricio– con contratos de trabajo en régimen de servidumbre por deudas. Huzzey explora la paradoja que representa la aceptación victoriana de este sistema generalizado de explotación y esclavitud en beneficio de los tiranos locales, en tanto que «motor adecuado de un mundo contrario a la esclavitud». En su opinión, lo que «hizo posible esta lógica perversa» fue la confluencia del pensamiento abolicionista oficial y del pensamiento racial, evidente en la propagación de un racismo pseudocientífico y de prejuicios estereotipados.

El vínculo entre el abolicionismo británico y las preocupaciones imperiales siguió siendo evidente durante la «rebatía por África». En la década

de 1880, algunos miembros de la British and Foreign Anti-slavery Society estrecharon lazos con misioneros y empresarios que promovían la construcción del Ferrocarril Imperial del África Oriental Británica, cuya mera existencia, en su opinión, contribuiría a la lucha contra la esclavitud. Los partidarios del proyecto lo presentaron en el Parlamento como la redención del infeliz africano, que proporcionaría nuevos mercados y medios de abastecimiento a los campesinos. Algunos observadores se mostraron escépticos y advirtieron de que este tipo de iniciativas por lo general empleaban a trabajadores coaccionados y producían impuestos que los agricultores no podrían pagar. Aquellos críticos fueron denunciados como «cuáqueros maniáticos» por el grupo de presión ferroviario, pero en poco tiempo los pueblos disconformes serían incendiados por expediciones enviadas para recaudar impuestos o reclutar trabajadores. Del mismo modo, cuando las grandes potencias se repartieron África en las conferencias de 1884-1885 y 1890 de Berlín y Bruselas, que adjudicaron el Congo al rey Leopoldo de Bélgica, se alegó que se actuaba para erradicar el comercio de esclavos africanos. Gracias a la tardía cooperación anglo-estadounidense, el tráfico del Atlántico fue finalmente erradicado en las décadas de 1860 y 1870, si bien se aplicó un doble rasero a formas más «tradicionales» de esclavitud en los nuevos protectorados africanos. La preservación de este tipo de instituciones domésticas fue considerada necesaria para la estabilidad política y económica: según la recomendación del Foreign Office, «la desaparición del estatuto de la esclavitud se debe realizar sin alterar más allá de lo necesario las relaciones existentes entre amos y esclavos».

Freedom Burning contiene gran cantidad de material valioso sobre la apropiación y la explotación colonial del abolicionismo. Tal y como observa Huzzey, «el camino al infierno se empedraba con intenciones antiesclavistas»; estas no fueron meros pretextos o justificaciones, sino que desencadenaron por sí mismas «impulsos de expansión y dominación». Sin embargo, cuando llega a conclusiones más amplias, hace una serie de afirmaciones que van bastante más lejos, y que no hallan respaldo en su propia investigación y razonamiento, ni en los de otros. No cabe ninguna duda de que las cuestiones «antiesclavistas» ocuparon un papel destacado en la política exterior victoriana y en la opinión pública del momento, pero ¿justifica eso describir a Gran Bretaña como una «nación antiesclavista» (o Estado antiesclavista)? Huzzey utiliza estos términos sin distanciarse mediante comillas o mayúsculas y, presumiblemente, ve en ello una forma de subrayar su idea de que el compromiso con la lucha contra la esclavitud era sincero, a la vez que estaba cargado de presupuestos raciales. En varias ocasiones defiende la «sinceridad» del abolicionismo, tanto del oficial como del de los librecambistas, pero esta insistencia se antoja innecesaria dada la imagen que él mismo ofrece del imperialismo británico: un sistema y una

estructura que incorpora una demanda estratégica de lucha contra la esclavitud y contra la trata de personas, acompañada de una perspectiva racial estereotipada, estigmatizante, nativista y excluyente. Allí donde los poderes coloniales introdujeron elementos propios de una revolución mercantil permitieron que terratenientes, empresas mineras y ferroviarias explotaran identidades racializadas y una mano de obra servil.

El énfasis que hace en el carácter plural de la lucha contra la esclavitud lleva a Huzzey a defender la moderación calculada de la corriente principal del abolicionismo británico, basándose en que consiguió la emancipación antes de lo que de otro modo habría sido concebible: «El no radicalismo inherente a la corriente predominante de la ideología antiesclavista anterior a 1833 es lo que logra la emancipación». Pero la emancipación británica fue tardía en comparación con el decreto de la Revolución francesa de 1794 o la libertad garantizada a todos los ciudadanos por Haití en 1804. En 1832-1833 el abolicionismo británico era moderado, pero la coyuntura política del momento amenazaba revolución tanto en las colonias como en la metrópoli, con revueltas de esclavos masivas, la crisis de la Ley de Reforma, el Capitán Swing, el descontento en Irlanda, gigantescas manifestaciones de las autodenominadas «clases trabajadoras» y un desfile público de milicias ciudadanas organizado por los radicales de Birmingham, todos ellos contrarios a la esclavitud.

Si bien es cierto que Huzzey alude a veces a la distinción entre antiesclavismo popular y de elite –o entre los que culminaban su antiesclavismo con el igualitarismo racial y los que no–, en otros pasajes del libro esas diferencias fundamentales se dejan a un lado. El abolicionismo radical de Elizabeth Heyrick, Joseph Sturge, Wendell Phillips y William Lloyd Garrison, de africanos y afroamericanos como Olaudah Equiano, Mary Prince, Frederick Douglass y Harriet Jacobs, y el neoabolicionismo de E. D. Morel y Roger Casement contribuyeron a construir una tradición antiesclavista en la que sería absurdo incluir a Palmerston, a lord Rosebery o al rey Leopoldo. Huzzey, en última instancia, se niega a distinguir las variedades auténticas del abolicionismo de las falsas, y prefiere hacer hincapié en la forma en que todas ellas contribuyeron, cada una a su manera, a la hegemonía de un amplio discurso antiesclavista. Sin embargo, tal y como Catherine Hall ha observado en su brillante estudio *Macaulay and Son: Architects of Imperial Britain* (2012), el hecho de que el antiesclavismo se hubiera convertido en «la ortodoxia generalizada» en la Gran Bretaña victoriana da una impresión engañosa de homogeneidad. Incluso alguien con impecables credenciales abolicionistas como T. B. Macaulay podía en privado (y no tan en privado) expresar la opinión de que la mayoría de los esclavos no estaban preparados para la plena emancipación. A la edad de 23 años, Macaulay había defendido la emancipación en la primera reunión de la reconstituida Abolitionist

Society en 1824, pero más tarde, siendo ya diputado, se opuso a cualquier intento de impedir la entrada de bienes producidos por esclavos por respeto a los principios del libre comercio. Hall cita su diario de 1858: «Odio la esclavitud desde el fondo de mi corazón y, sin embargo, me ponen enfermo los sermones y las razones ridículas y obtusas de los abolicionistas [...], tanto el negrero como el negrófilo son figuras que me resultan odiosas». Huzzey hace pocas referencias a Macaulay, aunque este encarna muchos de los argumentos del libro.

Este estudio detallado, a menudo vívido y convincente, del papel que jugó el abolicionismo oficial en la colonización británica de África es una aportación bienvenida a la historia de la lucha contra la esclavitud. Sin embargo, algunas de las afirmaciones de Huzzey sobre el carácter y el resultado de la emancipación en el continente americano son excesivamente negativas, como si los antiguos esclavos fueran completamente indolentes y no apreciaran beneficio alguno en su liberación. Esta línea argumental es a veces respaldada por referencias al «enfoque de las capacidades» de Amartya Sen, atendiendo a las condiciones de vida reales de los antiguos esclavos:

Resulta evidente que muy pocos británicos pensaron nunca en promover las oportunidades sociales o la acción política de los pueblos esclavizados. Además de Gran Bretaña, si observamos la experiencia de otros países, veremos que la emancipación no desencadenó automáticamente un movimiento más amplio de fuerzas progresistas y tolerantes, sino que de hecho coexistió felizmente con el racismo [...] Ni en Estados Unidos ni en Gran Bretaña la emancipación se concretó en oportunidades generalizadas para los negros, que les permitieran participar plenamente en el trabajo libre, en una sociedad libre o en un mercado libre.

Esta cuidadosa afirmación parece bastante plausible, pero es engañosa. No fueron unos «pocos», sino cientos de miles, los que presionaron para lograr la emancipación de los esclavos británicos. Tras la vacilación inicial, muchos abolicionistas británicos reaccionaron ante las revueltas de esclavos y la insurgencia negra exigiendo que se escucharan las demandas de los rebeldes. Esto fue cierto incluso en el caso de algunos parlamentarios, como Brougham, por no hablar de todos los manifestantes y peticionarios que presionaron por el fin inmediato de la esclavitud y el «aprendizaje». En las Antillas británicas los ministros de las iglesias disidentes apoyaron —y a veces hasta promovieron— huelgas para exigir el pago de salarios adecuados y el derecho de los libertos a sus huertos. En Jamaica la emancipación supuso el final del látigo, el regreso de las mujeres de las plantaciones en las que trabajaban, la libertad de movimiento y de culto y, para algunos, el acceso a la educación. Las graves privaciones y desigualdades que aún afligían a los antiguos esclavos fueron denunciadas en la Underhill Letter, que inspiró protestas masivas y condujo a la rebelión de Morant Bay en 1865,

su represión sangrienta, la posterior abolición de la Asamblea y la presentación de cargos por asesinato contra el gobernador Eyre. En la propia Gran Bretaña, el líder abolicionista radical Joseph Sturge apoyó el movimiento de corte radical-democrático cartista, y Bronterre O'Brien y el resto de líderes cartistas volvieron a poner de moda la retórica contra la esclavitud.

El impacto radicalizador de las luchas en torno a la emancipación fue aún más patente en el caso de Estados Unidos, especialmente durante los años de la Reconstrucción, que fueron testigo de la lucha de los libertos por la tierra y el voto, y de su histórica *Declaration of Rights and Wrongs* [Declaración de derechos y agravios]. Jim Crow, el Ku Klux Klan y la ley de Lynch iban a anular muchas conquistas negras, pero esta horrenda reacción no era sino eso, una respuesta ante el aumento del abolicionismo negro. La década de la Reconstrucción radical (1867-1877) estableció precedentes importantes: la elección de quinientos funcionarios negros, la educación pública y gratuita en muchas zonas del sur, la proliferación de las iglesias negras, y muchas cosas más. En la costa de Carolina del Sur, los antiguos esclavos se apoderaron de las grandes plantaciones y establecieron el trabajo autogestionado, defendido por una fuerza policial negra. Este periodo vio también cómo en el norte crecía el apoyo a los sindicatos y a la jornada de ocho horas. Tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña, las mujeres abolicionistas estuvieron tras las primeras campañas por los derechos de la mujer. Karl Marx y la Primera Internacional agitaron Londres exigiendo la emancipación de los esclavos y el voto para los libertos; en 1868 la Internacional tenía cincuenta sucursales en América del Norte, y en diciembre de 1871 cien mil neoyorquinos marcharon en memoria de la Comuna de París y de sus mártires.

En resumen, la idea de que la causa de la emancipación no estaba conectada a «un conjunto más amplio de fuerzas progresistas» parece insostenible. El abolicionismo, incluso en sus más auténticas y radicales formas, no siempre rompió con el racismo de la forma limpia en que debería haberlo hecho. Pero a fin de cuentas, el antiesclavismo radical se define por su compromiso con los derechos sociales y políticos negros. En ese sentido fue un precursor del «enfoque de las capacidades», no su antítesis, y no debe ser confundido con el abolicionismo farsa de los estadistas imperiales y los empresarios coloniales. Con todo, todavía podemos estar de acuerdo con la conclusión general de Huzzey de que «muchas concepciones victorianas de libertad tenían consecuencias profundamente trágicas y opresivas, deliberadas y no deliberadas». Sin ser una observación completamente novedosa, se descuida con demasiada frecuencia en determinadas conmemoraciones del abolicionismo o en narrativas revisionistas del Imperio. La crítica se aplica en particular a quienes depositan en las autoridades una confianza que está fuera de lugar, y a los que no registraron que la clave de esta historia era el concepto de «autoemancipación».